

¡Ay de los vencedores!

■ Por una oculta razón, la historia registra ciertos hechos y olvida otros. Existen frases que, pronunciadas en un momento determinado, han sobremontado los siglos y llegado hasta nosotros para seguir, seguramente, su viaje hacia el futuro. Otras, tanto o más brillantes que aquéllas, se pierden irremisiblemente para el recuerdo tan pronto como fueron pronunciadas.

No creo que la selección se produzca en razón a la justeza o la verdad que esas expresiones encierran. Yo diría, más bien, que hay ciertas frases o expresiones que sobreviven más por el deseo que la gente tiene de que sean verdad que por serlo; para resaltar una cara de la moneda y no prestar atención a su reverso.

Estoy pensando en una frase pronunciada el año 390 antes de Cristo, por el jefe galo Breno, quien, habiendo vencido a los romanos, los obligó a pagar una cuantiosa indemnización en monedas de oro. Cuando se estaba en el proceso de pesar las monedas, los patricios romanos reclamaron que las pesas en lo que esto se hacía estaban desequilibradas y, en consecuencia, pesaban de menos. Fue entonces cuando Breno, lanzando su espada sobre las pesas pronunció la frase que hasta hoy se repite: "¡Ay de los vencidos!"

Toda pugna ha de terminar con un vencedor y un derrotado. Llámese guerra, revolución, elecciones, riña o competencia, el final siempre es el mismo, el triunfo para unos que conlleva el poder y la altanería, la disposición y el orgullo; la derrota para otros, que significa la dominación y la humillación, el desposeimiento y la aflicción. Por cierto nadie quiere estar en este último trance y es por eso que siempre habrá quienes suprenticiamente pretendan subirse al carro de los vencedores.

"¡Ay de los vencidos!", dijo Breno, haciendo pesar su espada sobre la justicia del reclamo de los romanos, por que éstos olvidaban que el derrotado

carecía del derecho a la equidad. Pero la historia no recogió una frase que, yo estoy seguro, mascullo entre dientes uno de los romanos zaheridos. "¡Ay de los vencedores!", debió haber dicho tragándose su humillación.

El vencedor, justamente por su victoria, está inerte. Nada limita su poder y por el hecho de la victoria cree tener además, la razón. Mientras el vencido ya no tiene nada más que perder y su destino futuro sólo le puede significar ganancia, el vencedor, en cambio, está condenado al deterioro.

En su satisfacción por la victoria conseguida, el vencedor tiende a ignorar que el enemigo está en sus propias filas, que el poder necesariamente corrompe y los laureles de la victoria desprenden una fragancia embriagante. Mientras el vencido por su humillante condición, se ve forzado a aprender la virtud de la humildad, el vencedor, por la razón inversa, se envuelve en la fatuidad. El vencedor debe administrar su victoria, tomar decisiones, iniciar acciones, resolver pleitos y adoptar posiciones. A la larga, el tiempo lo desgastará y si humillante es ser vencido ante el enemigo mucho más lo es caer por uno mismo.

"¡Ay de los vencedores!", debiera haber sido la frase que recogiera la historia. Ella significaría una prevención de que así como toda vida que emerge trae consigo la simiente de la muerte, en toda victoria que se obtiene principia a formarse la sombra de la futura derrota.

A los vencidos no es necesario que se les recuerde su precaria situación, pero sí lo necesitan los vencedores. Si lo recordaran, tal vez las victorias serían menos espléndidas y las derrotas menos dolorosas, y la paz, que es el período en que no sólo no hay guerras, sino tampoco existen vencedores ni vencidos, sería, por lo menos, un poco más prolongada y llevadera.